

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA

ALHAMBRA ROMÁNTICA
LOS COMIENZOS DE LA RESTAURACIÓN
ARQUITECTÓNICA EN ESPAÑA

GRANADA
2016

ARQUITECTURA, URBANISMO y RESTAURACIÓN

© JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
Y PATRONATO DE LA ALHAMBRA Y GENERALIFE
*ALHAMBRA ROMÁNTICA: LOS COMIENZOS
DE LA RESTAURACIÓN ARQUITECTÓNICA
EN ESPAÑA*

EDITA
Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja
Antiguo Colegio Máximo
Telf.: 958 243 930 / 958 246 220
18071, GRANADA.
www.editorial.ugr.es

Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.
Patronato de la Alhambra y Generalife
C/ Real de la Alhambra, s/n.
18009, GRANADA.
Telf.: 958 027 907
www.alhambra-patronato.es

COMPAGINACIÓN Y PREIMPRESIÓN
Galerada, SIAG. GRANADA.

DISEÑO CUBIERTA E INTERIOR
Lalo Rojas. GRANADA.

IMPRIME
Imprenta Comercial. MOTRIL, GRANADA.

ENCUADERNACIÓN
Olmedo Hnos. OGÍJARES, GRANADA.

ISBN: 978-84-338-5904-4
Depósito legal: Gr./471-2016

Impreso en España / *Printed in Spain*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la
autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.*

Índice general

ABREVIATURAS	11
INTRODUCCIÓN	13
I. LA GESTIÓN DE UN SITIO REAL	19
I.1 CORRUPCIÓN Y ABANDONO: EL GOBERNADOR IGNACIO MONTILLA Y CEBALLOS (1813-1827)	19
I.2 ORDEN EN LA ALHAMBRA: EL GOBERNADOR FRANCISCO DE SALES SERNA (1827-1835)	23
I.3 UN RELEVO POLÉMICO: EL GOBERNADOR PEDRO LÓPEZ ESPILA (1835-1836)	29
I.4 EL FIN DE LA CIUDADELA MILITAR: EL GOBERNADOR JUAN PAREJO (1836-1843)	32
I.5 CONFUSIÓN ADMINISTRATIVA: EL GOBERNADOR JOSÉ CASTILLÓN Y EL RETORNO DE FRANCISCO DE SALES..	33
II. EL PALACIO ÁRABE	43
II.1 DEL EXPOLIO A LAS OBRAS DE CONSOLIDACIÓN	43
La impotencia de los maestros de obras Tomás López y José de Salas	43
De una tímida campaña de trabajos a un terremoto ...	45
Consolidación y reposición de adornos en la Casa Real	47
Balance de las obras en la etapa de Francisco de Sales Serna	51
La Alhambra como escenario de una fiesta orientalista..	53

II.2	EL GIRO HACIA LAS RESTAURACIONES ORNAMENTALES.....	58
	Los comienzos de la restauraciones	
	arquitectónicas en España	58
	Campañas de obras en momentos de desconcierto.....	62
	El salto a las labores de embellecimiento	63
	Una valoración de las restauraciones.....	67
II.3	LAS RESTAURACIONES DE JOSÉ CONTRERAS	70
	El arquitecto José Contreras Osorio.....	70
	El proyecto de noviembre de 1840.....	73
	Las campañas de obras 1841 y 1842	75
	Las primeras protestas contra las restauraciones	78
	Gaspere Sensi y su artículo en <i>El Espectador</i>	80
	La Academia de Granada contra José Contreras.....	83
	La opinión de José de Madrazo: el respeto	
	de la pátina.....	85
	Una polémica que sigue abierta.....	89
	El derribo de la sala de las Camas.....	91
	El fin de la etapa de José Contreras	
	y la reconstrucción de la Alcaicería.....	94
	El informe de febrero de 1846 y la caída	
	de José Contreras	96
	Una valoración de las restauraciones	
	de José Contreras	100
II.4	LAS RESTAURACIONES DE SALVADOR AMADOR.....	103
	El arquitecto Salvador Amador.....	103
	El primer informe de Salvador Amador	107
	La respuesta de Narciso Pascual y Colomer	110
	Campaña de obras de octubre a diciembre de 1846....	112
	La memoria de Salvador Amador para	
	la reconstrucción del patio de los Leones	114
	Las pautas para restaurar de Narciso Pascual	
	y Colomer y Juan Pedro Ayegui.....	121
	Una valoración de Narciso Pascual y Colomer	
	como restaurador.....	127
	La campaña de obras de 1847 a 1849 y la sala	
	de las Camas	128
	Una valoración de Salvador Amador	132
II.5	EL RETORNO DE LOS CONTRERAS.....	134
	La campaña de obras de Francisco Contreras Osorio..	134
	Rafael Contreras el misticador.....	137

Formación de Rafael Contreras y nombramiento como restaurador.....	139
Polémica en torno a Rafael Contreras y la sala de las Camas	143
Rafael Contreras vuelve a la Alhambra	150
La continuación de las obras de la sala de las Camas	152
¿La Alhambra en buenas manos?	155
III. LA ALCAZABA Y LAS MURALLAS	179
III.1 CARCASSONNE Y LA ALHAMBRA, VIDAS PARALELAS.....	179
III.2 CUARTEL	181
III.3 EL HUNDIMIENTO DE LA MURALLA DEL PARTAL	186
III.4 EL OCASO DE LA ALHAMBRA COMO FORTALEZA Y PRESIDIO	189
III.5 LAS TORRES Y MURALLAS BAJO EL PRISMA DE LA ESTÉTICA ROMÁNTICA	197
III.6 LA CONSOLIDACIÓN DE LAS MURALLAS.....	206
III.7 LAS TORRES DE LAS INFANTAS Y DE LA CAUTIVA.....	209
III.8 LA TORRE DE LAS DAMAS Y LAS PUERTAS DE LOS SIETE SUELOS Y DEL VINO.....	212
III.9 CRITERIOS DE RESTAURACIÓN PARA UN CONJUNTO MONUMENTAL	214
IV. EL PALACIO DE CARLOS V	233
IV.1 DEPÓSITO DE ARTILLERÍA.....	233
IV.2 EL EXPOLIO DE LOS ADORNOS DE BRONCE.....	235
IV.3 OPINIONES DIVIDIDAS DE LOS VIAJEROS ROMÁNTICOS	237
V. EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO	247
V.1 LAS TRIBULACIONES DE UN PEQUEÑO CENOBIO.....	247
V.2 DESCRIPCIÓN DEL CONVENTO EN VÍSPERAS DE LA EXCLAUSTRACIÓN.....	250
V.3 LA DISPERSIÓN DE SUS OBRAS DE ARTE Y MOBILIARIO.....	252
V.4 EL DESTINO DE LOS BIENES MUEBLES.....	253
V.5 EL USO MILITAR DEL EDIFICIO CONVENTUAL	255
VI. EL BARRIO, LAS CASAS Y SUS HABITANTES	263
VI.1 LA POBLACIÓN DE UNA CIUDADELA DECADENTE	263
VI.2 EL NÚMERO DE HABITANTES Y SU DISTRIBUCIÓN.....	266

VI.3 DESORDEN MORAL Y CONFLICTOS CON EL CLERO	260
VI.4 LA EPIDEMIA DE CÓLERA MORBO.....	273
VI.5 EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA.....	275
VI.6 PERFIL LABORAL DE LOS HABITANTES	276
VI.7 PROPIEDAD INMOBILIARIA Y VIVIENDA.....	279
VI.8 EL GUÍA Y LA GUARDESA	283
VI.9 LOS VIAJEROS, NUEVOS HABITANTES DE LA ALHAMBRA ...	293
VII LOS PASEOS Y EL BOSQUE.....	303
VII.1 LAS ALAMEDAS TRAS LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA..	303
VII.2 LA CONSERVACIÓN DE UNAS ALAMEDAS DEL REAL PATRIMONIO	306
VII.3 LA CREACIÓN DE UNOS PASEOS ROMÁNTICOS Y LA VISITA DE LOS INFANTES.....	311
VII.4 TRANSFORMACIONES EN LOS AÑOS DE LA REVOLUCIÓN LIBERAL.....	313
VII.5 LA VEGETACIÓN EN ÉPOCA ROMÁNTICA.....	316
VII.6 VISITAS DE LA FAMILIA REAL Y MEJORAS EN LOS PASEOS	319
VII.7 LA NUEVA CONFIGURACIÓN DE LOS PASEOS	322
VIII CONCLUSIONES	333
IX NOTAS.....	341
X CRONOLOGÍA DE LAS INTERVENCIONES EN LOS DISTINTOS ÁMBITOS DE LA ALHAMBRA	417
X.1 PALACIO ÁRABE	417
X.2 ALCAZABA	419
X.3 TORRES Y PUERTAS.....	420
X.4 PALACIO DE CARLOS V.....	421
X.5 CONVENTO DE SAN FRANCISCO.....	421
X.6 EL BARRIO, SUS CASAS Y EL PARTAL.....	422
X.7 PASEOS Y BOSQUE	422
XI BIBLIOGRAFÍA CITADA	425
XII ÍNDICE DE EDIFICIOS Y LUGARES.....	439
XIII ÍNDICE ONOMÁSTICO	447

Abreviaturas

- ADPG: Archivo de la Diputación Provincial de Granada
AGMS: Archivo General Militar de Segovia
AGP: Archivo General de Palacio
AHA: Archivo Histórico de la Alhambra
AHCC: Archivo de Hospitalicos del Corpus Christi
AHMG: Archivo Histórico Municipal de Granada
AHPG: Archivo Histórico Provincial de Granada
AHN: Archivo Histórico Nacional
ANSAG: Archivo de la Academia Nuestra Señora de las Angustias de Granada
APNG: Archivo de Protocolos Notariales de Granada
ARChG: Archivo de la Real Chancillería de Granada
ARASF: Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
BHD: Biblioteca Hispánica Digital (Biblioteca Nacional de España)
BM: British Museum
FPH: Fototeca del Patrimonio Histórico
HCT: Hemeroteca de la Casa de los Tiros
MVA: Museo Victoria and Albert

Introducción

LA MAYORÍA DE LOS HISTORIADORES estamos de acuerdo en que la Alhambra ha tenido tres periodos fundamentales en la configuración de su imagen. El nazarí, que dio a la luz una ciudad palatina de sorprendente belleza y riqueza de matices, dejándonos el palacio musulmán medieval mejor conservado que ha llegado hasta nosotros. El segundo periodo es el que arrancó con el viaje emprendido tras su boda por el emperador Carlos V e Isabel de Portugal, que implicó un importante conjunto de reformas y la construcción de un palacio tan romano que parece un trozo de Italia caído sobre esta colina de las estribaciones de Sierra Nevada. El tercer jalón aportó bien poco desde el punto de vista arquitectónico, pero recreó la entonces decrepita ciudadela con una intensidad poética y pictórica que hoy no podemos evitar mirarla tras las lentes de literatos como Washington Irving o Richard Ford, y de pintores como David Roberts, Owen Jones, John Frederick Lewis o Léon-Auguste Asselineau, por citar solo algunos. La Alhambra es un conjunto monumental nazarí, renacentista y romántico; las restauraciones científicas del siglo XX, a las que tanto debe la imagen actual de la ciudadela, ya no apelan a nuestra imaginación, sino que intentan conservar esos valores heredados en un difícil equilibrio en el que generalmente se ha sacrificado la imagen romántica. Pero esta, por fortuna, pervive y pervivirá en libros y láminas.

La Alhambra romántica es mucho más que literatura y pintura, y a descubrirla se dedican la mayoría de las páginas de

este trabajo. En el campo de la restauración arquitectónica fue un terreno de experimentación pionero, no solo en España sino también en Europa. Era además un caso único, pues se trataba de una exótica arquitectura que desafiaba la práctica y el gusto estético de los maestros de obras y arquitectos que debían intervenir. Pero este monumento tan excepcional se encontraba en una ciudad provinciana, pobre y en decadencia, con una escasísima vida cultural y una población mayoritariamente analfabeta. De semejante contexto no podían salir arquitectos y restauradores de sólida formación teórica, y los artífices granadinos fueron en ocasiones reprendidos por colegas madrileños con una formación intelectual muy superior, dando lugar a interesantes debates en los que ya se plantean los grandes problemas de una disciplina siempre envuelta en la polémica: conservación o restauración, pátina evocadora o esplendor de lo nuevo, autenticidad o reconstrucción...

Las intervenciones para conservar o restaurar la Alhambra son el producto de unas azarosas circunstancias históricas que aquí son reconstruidas minuciosamente. Esas labores tuvieron un numeroso y heterogéneo conjunto de protagonistas cuyas concepciones, a veces confusas y mutantes, son analizadas en su contexto cultural. Nada más lejos de la realidad para el periodo aquí estudiado (1814-1851) que una dinastía de restauradores apellidados Contreras que lo acapara todo; esta visión dinástica que hasta ahora había circulado debe ser por completo abandonada. Veremos desfilar a maestros de obras sin más experiencia ni capacidad que la de conservar (Thomás López, José de Salas, Francisco Contreras o Antonio López Lara), arquitectos locales tan ignorantes como atrevidos (Luis Osete, José Contreras o Salvador Amador), restauradores de yaserías (Rafael Contreras, Tomás Pérez o Miguel Marín), un ingeniero militar (Elías Equino), gobernadores con concepciones diferentes sobre las prioridades en las obras (Francisco de Sales Serna o Juan Parejo), pintores con amor hacia la pátina (José de Madrazo o Gaspare Sensi), arquitectos afincados en Madrid con una notable altura teórica y técnica (Narciso Pascual y Colomer, Juan Pedro Ayegui o Domingo Gómez de la Fuente), e incluso nos encontraremos con que anónimos artistas italianos y franceses realizaron algunas restauraciones. A todos estos personajes debemos añadir al frustrado y eterno aspirante a res-

taurador, el arquitecto Francisco Enríquez, probablemente el más capacitado de los arquitectos granadinos, que en repetidas ocasiones se postulará sin éxito para dirigir las obras de la Alhambra y finalmente desarrollará una interesante carrera en Madrid y Castilla.

Intervenciones tan bárbaras como el derribo y reconstrucción de la sala de las Camas o la parcial reedificación de la cruja este y la galería sur del patio de Comares no fueron inevitables, sino opciones tomadas por unos individuos de limitadas facultades teóricas y técnicas, que encontraron además una dura contestación. Piénsese que la demolición y reconstrucción «mejorada» del patio de los Leones se propuso también, pero fue detenida por los arquitectos del Real Patrimonio a los que se consultó, y años después se demostró que era posible enderezar los desplomes del patio. La Alhambra pudo tener mejor suerte de haber estado en manos de personas de más pericia técnica y sensibilidad hacia el valor histórico; de ninguna manera hay que ser determinista y considerar que se hizo lo único que se podía hacer según la presunta mentalidad homogénea de una época. Hubo intervenciones realizadas con criterios diferentes y debates que mostraron posturas teóricas contrapuestas. Precisamente una de las grandes sorpresas de esta investigación es encontrar ya activas y formuladas, aunque sea toscamente, las dos grandes corrientes que iban a marcar la restauración en Europa: la conservacionista o arqueológica, frente a la restauradora o estilística. Todo ello antes de que John Ruskin y Viollet-le-Duc terminaran de madurar sus ideas y las difundieran más allá de las fronteras de Inglaterra y Francia.

Al empezar nuestro relato la Alhambra era tres cosas, una reliquia histórico-artística de la corona, una ciudadela militar y un barrio de artesanos. A lo largo de las cuatro décadas que analizamos la función militar decae hasta extinguirse, el barrio pierde habitantes mientras aumentan los viajeros, y la reliquia deja de verse como una propiedad real para estimarse como un monumento de la nación. Esta categoría de monumento nacional no encontrará formulación legal hasta 1870, pero está ya claramente asentada en el imaginario y en su gestión muchos años antes. Incluso veremos que no pocos miembros de la administración del Real Patrimonio, de artífices de las restauraciones y de viajeros románticos se refieren a este monumento tan

excepcional como un patrimonio de la humanidad. No en vano su imagen recorre Europa tanto en grabados pintorescos como en imágenes analíticas de las ornamentaciones; y si las imágenes circulan al principio como curiosidad, acabarán haciéndolo como modelo de inspiración arquitectónica para los arquitectos historicistas de Europa, de América y del norte de África.

La monumentalización de la Alhambra fue un proceso con velocidades desiguales. Venía dada en la Casa Real y en el palacio de Carlos V, pues de la reliquia al monumento solo hay un paso. Fue un proceso largo y contradictorio en la arquitectura militar, y a penas se intuye en las casas del barrio.

Este trabajo va más allá de la Casa Real Vieja o Palacio Árabe, que es como se denominaba entonces al palacio estructurado en torno a los patios del Cuarto Dorado, de Comares, de los Leones y de Lindaraja. Analiza también las vicisitudes del palacio de Carlos V, una estructura imponente que provocaba sentimientos encontrados y que pasa de servir de polvorín a utilizarse como taller de restauración. Estudia las obras en las torres y murallas, que van del añadido de aspilleras a la reconstrucción de los hundimientos. Se detiene en el convento de San Francisco, que de cenobio pasa a cuartel y luego a queda abandonado, pero que no es demolido por haber sido tumba de los Reyes Católicos y conservar restos de un palacio musulmán. Y recorre las viviendas del barrio, despreciadas por su pobreza en la documentación y para cuyo deterioro siempre se recomendaba como remedio la piqueta. No se limita esta investigación a la arquitectura, pues también se detiene en sus paseos arbolados, en los problemas económicos de la gestión y en los habitantes, un colectivo humano que quedó inmortalizado por los textos e imágenes de los viajeros románticos.

La Alhambra romántica constituye un problema poliédrico que analizo en este libro en todas sus caras. Dada la complejidad y la minuciosidad de este trabajo, que ha constituido para mí un difícil y extenuante ejercicio de microhistoria, he optado por darle un orden temático contra lo que es mi costumbre como historiador, que es seguir un riguroso orden cronológico. No obstante, cada uno de los capítulos continúa la línea del tiempo, opción que me parecía la más adecuada teniendo en cuenta que muchos investigadores e interesados por el tema acudirán a este libro espoleados por inquietudes concretas, y

así les evito sumirse en prolijas exposiciones de asuntos que a priori pueden interesarle menos. De todas formas, esta realidad poliédrica está estrechamente relacionada en todos sus aspectos y a aquellas personas que verdaderamente deseen comprender los problemas en toda su complejidad les recomiendo que no desdeñen la lectura completa del volumen.

Algunos de los capítulos de este libro parten de trabajos que publiqué en las revistas *Academia*, *Reales Sitios* y *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Otros trabajos aparecieron en actas de congresos y libros colectivos coordinados por los profesores Juan Calatrava y José Antonio González Alcantud, a los que debo agradecer el que me invitaran a participar en sus proyectos de investigación sobre orientalismo. La investigación sobre la Alhambra la inicié allá por el año 2005 con vistas a formar un libro plenamente coherente una vez concluida, y esto es lo que tiene el lector en las manos tras una década larga en la que compatibilicé mis estudios sobre la ciudadela nazarí con la redacción del libro *Granada napoleónica, ciudad arquitectura y patrimonio* (Editorial de la Universidad de Granada, 2013), trabajo en el que se analizan con detalle las obras y vicisitudes de la Alhambra en el periodo que va de 1800 a 1814. Los dos libros se complementan, pues no en vano acudí a los archivos y bibliotecas buscando indistintamente datos para ambos trabajos.

Los archivos que más noticias han arrojado, de los numerosos que he consultado, son el Archivo Histórico de la Alhambra, rico en todo tipo de noticias, pero increíblemente caótico en el contenido de sus legajos; empecé mirando piezas de forma selectiva y acabé viendo la mayoría de las cajas de manera sistemática. El Archivo General de Palacio presenta, por el contrario, una secuencia documental de impecable pulcritud y sorprendente calidad. Estos dos archivos guardan lo más importante de la historia de la Alhambra romántica. Otros archivos han sido imprescindibles para completar lagunas; destacaría de ellos el Archivo Histórico Municipal de Granada, donde vemos la siempre conflictiva relación del Ayuntamiento con el gobierno de la ciudadela, sin olvidar el Archivo General Militar de Segovia y otros archivos granadinos como el Histórico Provincial, el de la Real Chancillería o el de Protocolos Nacionales.

Pero aún siendo impresionante el caudal de noticias ofrecidas por los archivos, esta investigación habría quedado muy

coja, falta de vida me atrevería a decir, sin las noticias procedentes de la prensa histórica (a destacar la Hemeroteca de la Casa de los Tiros) y la literatura de viajes romántica. Desde luego que el trabajo estaba allanado en algunos tramos por la labor de otros historiadores que me han precedido y de los cuales se citan cumplidamente sus trabajos en las notas y la bibliografía. Las notas no se limitan a indicar la procedencia de las informaciones, sino que la mayoría de ellas ofrecen datos complementarios y citas textuales que aclararán y enriquecerán la lectura a la persona que desee profundizar.

El libro cuenta con una amplia selección de planos, dibujos, grabados y fotografías que configuran recorridos visuales de los distintos espacios de la Alhambra. Estas imágenes constituyen recapitulaciones gráficas de cada capítulo y procuran recoger una parte de la historia perdida del monumento, aunque solo lo logran de una forma muy limitada, pues los artistas podían no ser fieles a la realidad y desde luego no estuvieron siempre en el lugar y el momento adecuados. La cronología que doy a las imágenes es aproximada, más atenta a señalar cuándo estuvo el artista en la ciudad y tomó sus apuntes que a su posterior reelaboración para crear grabados o pinturas. Al final del pie de cada ilustración se indica con una abreviatura la procedencia; si no se señala nada es porque se publicó como ilustración de un libro de la época romántica, el cual aparecerá recogido en la bibliografía. Los libros antiguos, en especial los de viajeros, pueden encontrarse en su mayoría digitalizados en Internet (Google Libros, Gallica, BNH...) o en bibliotecas y archivos granadinos (HCT y AHA).

Para facilitar la consulta de un libro tan prolijo en datos como este, que trata un periodo donde muchas son las restauraciones que se proyectan pero bastantes menos las que se realizan, y donde el protagonismo de los trabajos cuenta con pocos artífices principales y muchos secundarios, incluyo al final del libro unos índices toponímico y onomástico, además de un balance de las obras que resume de manera muy sintética lo que ocurrió en cada lugar de la Alhambra. Pocas de las intervenciones románticas serán hoy reconocibles, pues muchos trabajos de restauración de aquel periodo fueron borrados por las obras posteriores, de la misma manera que las restauraciones románticas eliminaron una parte de la historia precedente del edificio.

I. La gestión de un sitio real

CORRUPCIÓN Y ABANDONO:
EL GOBERNADOR IGNACIO MONTILLA
Y CEBALLOS (1813-1827)

AL RETIRARSE DE LA ALHAMBRA las tropas napoleónicas dejaron una ciudadela que a sus seculares problemas financieros sumaba unos enormes destrozos producto tanto de la voladura de la muralla sur como del mal uso y expolio de buena parte de los edificios. La Casa Real necesitaba reparos sin que se hubieran terminado de pagar los anteriores a la invasión, los recursos escaseaban y las rentas del Real Patrimonio no se cobraban por el vacío de poder ocasionado por la guerra¹. Con semejante coyuntura habría sido deseable la más eficaz de las administraciones, pero no hubo suerte. Antes de la llegada de los franceses el gobernador o alcaide de la Alhambra era Ignacio Montilla y Cevallos, coronel y caballero de Santiago, que había accedido al puesto el 18 de diciembre de 1803 tras el polémico cese de su antecesor Lorenzo Velasco y Godoy, que cayó en desgracia tras entrometerse en la obras que se llevaban a cabo en el nuevo teatro de Granada alegando que el lugar pertenecía a la jurisdicción de la Alhambra².

Ignacio Montilla era considerado como persona de «notorio patriotismo» por haber luchado contra la Francia revolucionaria entre 1793 y 1795, siendo herido de un disparo de fusil y hecho prisionero durante seis meses. Cuando Horace Sebastiani ocupó la ciudad en enero de 1810, Ignacio Montilla no se

presentó ante él, por lo que no solo fue encarcelado, sino que estuvo a punto de ser fusilado³. Tras la retirada de los invasores el general Ballesteros lo repuso inmediatamente como gobernador de la Alhambra. Restaurado el absolutismo se le confirmó como titular en el puesto por ser persona de confianza. Sin embargo, su mala salud obligó a que en diversas ocasiones ocupara su lugar un gobernador interino, algo que constituía una larga tradición en una ciudadela a la que siempre se destinaban militares ancianos a ocupar un puesto que daba poco trabajo y estaba bien remunerado.

Los años que van desde 1813 hasta 1827 figuran entre los más nefastos de la historia de la Alhambra. Desde diversas fuentes se denuncia que durante ese periodo la Casa Real fue víctima de expolios en sus edificios y en los ingresos del Real Patrimonio, en los cuales Ignacio Montilla dio muestras de connivencia o dejadez⁴. Los expolios tuvieron como principales protagonistas al escribano mayor Antonio María Prieto y sobre todo a los hermanos José Antonio y Antonio Núñez de Prado, contador-veedor y alguacil mayor respectivamente⁵. De estos hermanos el primero murió en agosto de 1821 y Antonio, que era ya un anciano, ocupó su lugar dado que el puesto de veedor-contador era hereditario desde que lo adquiriera un antepasado suyo en 1748⁶. Esta situación endogámica se veía agravada por lo reducido que era el salario, lo que animaba a complementarlo por vías ilícitas.

Con semejantes empleados era imposible establecer una administración eficaz y obtener fondos, a lo cual también contribuyó mucho el desinterés del propio Real Patrimonio, que hasta 1824 tiene en la mayordomía mayor al conde de Miranda, que no sabemos si por ancianidad, amistad con Ignacio Montilla o venalidad, no se interesa por el desorden que reina en la administración de la Alhambra. Es revelador que poco tiempo después de la muerte del conde de Miranda, se decidiera poner orden en las cuentas de este real sitio⁷.

Durante el Trienio Liberal se suprimió el gobierno de la Alhambra e Ignacio Montilla, considerado un realista, fue reemplazado por un asesor llamado Juan José Camarero, cuya misión era solo velar por la Alhambra y sus jardines, dado que las demás propiedades del Real Patrimonio se convirtieron en bienes nacionales para ser subastados y aliviar la deuda pú-

blica⁸. Esto coincidió con una seria recaída en la salud de Ignacio Montilla, de manera que cuando se produjo la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis y se abolieron las medidas liberales, el gobernador no se incorporó de inmediato al restaurado gobierno de la ciudadela⁹. Finalmente lo hizo con su salud quebrada, pero con grandes deseos de retirarse. En 1824 la enfermedad de Ignacio Montilla obligó a nombrar como gobernador interino al asesor Pedro Montoya. Esta persona hizo un esfuerzo por reordenar la corrupta administración, pero chocó con la resistencia de Antonio Núñez de Prado¹⁰.

El poco esfuerzo que el gobernador dedicó a sacar de la postración la ciudadela contrasta con el empeño que puso en mantener la Alhambra como una entidad administrativa independiente de Granada. Cuando el Ayuntamiento planteó si la Alhambra debía considerarse como un barrio más de la ciudad y tener su celador de policía, Ignacio Montilla se opuso tajantemente¹¹. Los conflictos de competencias con el municipio eran un problema secular, que con frecuencia entraba en el terreno de lo pintoresco. Así en marzo de 1826 el gobernador elevó una queja al rey por el «desaire» que le había hecho al alcalde mayor de Granada al no haberle respondido a unos oficios que le envió¹². En fin, enfrentamientos por asuntos irrelevantes que Washington Irving supo recoger con ironía en sus cuentos.

El personal empleado para la administración y conservación del Real Patrimonio sufrió todos los contratiempos políticos de la época. Así, algunos fueron detenidos por colaboracionistas al retirarse los franceses¹³ y otros cayeron en desgracia durante el Trienio Liberal. Si a esto unimos la desidia del gobernador o su sustitución por interinos, podemos imaginar que en la colina roja se instaló un clima de incertidumbre y desgobierno que favoreció la corrupción. Por otra parte, algunos puestos de empleo iban quedando vacantes o se renovaban con poca premura. Los salarios eran muy «cortos» e incluso algunos empleados «sirven sin sueldo» según reconocía el propio gobernador, por lo que es de suponer que no hacían nada o robaban lo que podían. Así, nos encontrábamos que a la confusión en la administración se sumaba la carencia de aquellos trabajadores que generación tras generación había acometido las imprescindibles obras de mantenimiento. A principios de 1820 había 14 puestos vacantes de los 38 empleados que se consideraban

precisos; no había carpintero, ni pintor, ni cerrajero, ni cristallero, ni jardinero... ni siquiera conserje¹⁴.

Los recursos disponibles eran los que producían las fincas del Real Patrimonio bajo jurisdicción del gobernador de la Alhambra, que desde hacía varios lustros ya no incluían la que había sido su propiedad más valiosa, el Soto de Roma¹⁵. Estos ingresos siempre habían sido escasos, disminuyeron a causa de los expolios de las tropas francesas y, además, se veían mermados por la poca formalidad de las personas que tenían arrendadas fincas de titularidad real. Así, el contador de la Alhambra señala que «si no se pone un pronto, efectivo y eficaz remedio» sobre todos estos asuntos, cuando el rey «quiera bolber los ojos a este sitio, se hallaran solo vestigios, ruinas y polbo, por la general desolación que se ha hecho, y está en el día experimentándose en todo su recinto». El gobernador se lamentaba de su «angustia de ver derrotadas las murallas y torres de la Real Fortaleza» y de la «absoluta falta de caudales». Para obtener fondos emprendió varias iniciativas. Desde 1816 recurrió en diversas ocasiones a talar y vender árboles del bosque de la Alhambra, hasta que la mayordomía mayor del Real Patrimonio lo prohibió expresamente. En 1818 intentó poner en marcha una lotería de cartones en los días de feria, pero fue prohibida por el gobierno; ese mismo año solicitaba permiso para vender los cañones que los franceses dejaron abandonados en su retirada por inservibles¹⁶. En 1819 pediría infructuosamente que se le permitiera celebrar corridas de novillos embolados en la ciudadela, petición que renovaba cinco años después, pues en la Casa Real los

[...] techos y tejados están deplorables y las lluvias los van acabando de arruinar, sin haver fondos ni rentas que aplicar a su remedio, por que las escasas que se recaudan no alcanzan a pagar los sueldos de los empleados¹⁷.

A la dudosa gestión de tan menguados ingresos se suman los expolios. El viajero Richard Ford se apoya en algunos testimonios orales para elaborar una crónica del desgobierno de la Alhambra en la que se dan la mano confusiones de nombres con prejuicios varios. No obstante, queda claro que fueron empleados de la Alhambra los que tras la retirada francesa y aprovechando el desconcierto político de los dos años siguientes,

[...] saquearon la Alhambra, arrancaron las cerraduras y cerrojos, llevándose hasta los vidrios y cristales, vendiéndolo todo para su provecho, y luego, como buenos patriotas, informaron de que los franceses no habían dejado nada.

Entre los culpables señala al veedor-contador Antonio Núñez de Prado, miembro de una familia «de gusanos» que había adquirido ese cargo en tiempos de Felipe V y no había hecho otra cosa que comerse el Patrimonio de la Alhambra. Según Ford el veedor actuó en connivencia con otros empleados, pero se equivocaba al creer que el gobernador Ignacio Montilla no ocupaba ese puesto, sino Villa Escusa, en realidad un corrupto alférez¹⁸.

A la mayordomía mayor del Real Patrimonio llegaron rumores sobre expolios y en junio de 1817 dictó una real orden que prohibía bajo las penas más severas «la extracción de ningún efecto perteneciente a dicho sitio, tanto de muebles, como de fragmentos y piedras que hasta se han sacado a título de escombros y ruinas»¹⁹. Pero estas y otras órdenes no eran más que papel mojado si no había administradores honestos y diligentes.

ORDEN EN LA ALHAMBRA: EL GOBERNADOR FRANCISCO DE SALES SERNA (1827-1835)

No es excusa de la mala gestión del gobernador Ignacio Montilla el poco interés que el Real Patrimonio mostró por dotar de fondos a la ciudadela, porque el cambio de gobierno iba a demostrar que las cosas podían cambiar a mejor si había personas más competentes al frente del recinto. En abril de 1827 Ignacio Montilla era cesado como gobernador y dos meses después lo sustituía el coronel Francisco de Sales Serna, que permanecería en el cargo hasta 1835²⁰. Nacido en Granada, Francisco de Sales inició los estudios de jurisprudencia en su Universidad en 1801. Sin embargo, la invasión francesa le obligó a enrolarse en el ejército, participando en la batalla de Bailén y en otras posteriores. Tras la guerra ocupó puestos de importancia en la guardia real y siempre permaneció soltero²¹.

Los problemas a los que se hubo de enfrentar el nuevo gobernador fueron muy grandes desde un primer momento. Para

empezar tuvo que proceder a la sustitución de varios empleados, lo que generó un profundo rencor entre los defenestrados. Al resentimiento que provocaron los despidos se sumaba al enrarecido ambiente de endogamia en que vivían los habitantes de la Alhambra, y que podemos rastrear en los odios y venganzas que afloran en la documentación motivados por la demarcación de fincas, los deseos frustrados de ocupar puestos en la administración o las denuncias difamatorias.

Tras analizar las cuentas Francisco de Sales elaboró un informe que ponía de manifiesto el «desorden espantoso» que reina en la parte administrativa de la Alhambra. Denunció que su antecesor Ignacio Montilla se «burló» de él, pues cuando tomó posesión estaba «ausente» y lo dejó «sin noticia ni antecedente de su gobierno en veinte y tres años». Es más, los empleados del Real Patrimonio, empezando por el tesorero, le pusieron todo tipo de obstáculos cuando intentaba enterarse de las cuentas, faltaban documentos en el archivo y, en suma, había «un laberinto de desordenes». En este informe se desvelan un sinnúmero de irregularidades de la administración precedente, entre ellas el haberse aprovechado en beneficio propio de las rentas del Real Patrimonio o de quedarse con parte de los recursos obtenidos por la tala de árboles de las alamedas. Incluso cuando se quisieron recuperar casas o cuevas del Real Patrimonio, se invirtió más dinero en los litigios que beneficios generaron estos. Así pues, la reorganización del archivo y de las cuentas son las primeras tareas que se abordan para poder iniciar la recuperación de la Casa Real, que «en pocos años» puede estar en buen estado si se libran los recursos²².

El 24 de octubre de 1827 el gobernador convencía a la mayordomía mayor de la necesidad de suspender de sus empleos al veedor, asesor y escribano, pues «habían contribuido a la destrucción de todo»²³. Esta medida fue de una gran importancia, pero se quedó corta porque mantuvo en sus puestos a otras personas, como el pagador Manuel Cano, que había participado también de las irregularidades desde que entrara a trabajar en 1820. Quizás no tuviera pruebas para cesarlo o no fuera fácil expulsar a tantos empleados, pues había que dar muchas explicaciones a la mayordomía mayor, pero era evidente que la anterior administración estaba íntegramente contaminada por prácticas corruptas.